

interesante. Nada de grandes objetos ó muy pocos; en cambio, muchas muestras notables de varia fabricación: piezas de orfebrería cinceladas, repujadas, enriquecidas de esmaltes y piedras preciosas; joyas de filigrana y otras, vasos, cafeteras, utensilios de todas clases de cobre, trabajados por manera superior, repujados y grabados, maderas esculpidas y taraceadas de una ejecución acabada, telas ligeras, tejidas con toda perfección, bordadas ó estampadas maravillosamente.

En otro género, he aquí canastillos de junco, esteras primorosas, cajas de sándalo, incrustado de nácar y de ébano, que perfuman los alrededores. Ahora fajas, piezas de seda, de suavidad indecible, de colores atenuados, azul pálido, verde gris, rosa mustia, amarillo desmayado. ¡Y qué gusto en las menores combinaciones de líneas! ¡Qué riqueza en los adornos! ¡Qué armonía en la elección de los colores!...

La parte débil del arte indio moderno es sin duda la invención. Este arte se arrastra en el surco tradicional sin el menor esfuerzo de renovación. No se ve ningún deseo de creación en ningún objeto de la India, aunque el estro del artista parezca tomar vuelo en todas partes. Miradlo bien: el gusto es casi siempre delicado, la habilidad rara y auxiliada por buen dote de paciencia; pero cuando está uno saturado de encanto exótico, comienza á influir en el ánimo la monotonía del fondo. Siempre la misma germinación ornamental, la misma sempiterna profusión de artesonados. Por más que el artista procure no repetirse nunca literalmente, las evoluciones de su imaginación quedan siempre é invariablemente dentro del mismo radio.

Ya es algo, ciertamente, ser vario en sus variaciones; sino que el punto capital es inventar motivos, ó en otros términos, dar pruebas de individualidad. ¿De quién es la culpa si el indio se muestra nacional, pero de ningún modo individual? De la demasiado vieja civilización de su país, cuyos resortes están gastados; de las instituciones sociales vacilantes, que no impelen á la producción artística; acaso también de la prolongada sujeción de la fantasía india por la regla musulmana.

En todo caso, vanamente se han fundado esperanzas en el ejemplo de los artistas occidentales para infundir en los indios la emulación, el entusiasmo, la fuerza creadora. Obedeciendo á principios, á órdenes de ideas desconocidas del Oriente, el ejemplo de los europeos no podría tener para los orientales sino funestos resultados.

Vemos una vez obras de la India moderna y nos encantan; las volvemos á ver diez veces y nos asalta la duda. Es un arte de amplificación que gira en el mismo sitio. Esas esculturas talladas, esculpidas, caladas en la madera dura, en la piedra ó en el marfil; esas olorosas cajas de sándalo y esos tableros incrustados de marfil y ébano; esos metales fundidos, nielados, damasquinados, esmaltados, cincelados; esas piezas de cerámica en que el azul turquesa y el azul oscuro, el verde subido y el violado se armonizan con tanta perfección; esas telas tan suaves, tan bien bordadas ó realzadas con volutas y palmitas de color, todo esto halaga la vista ciertamente.

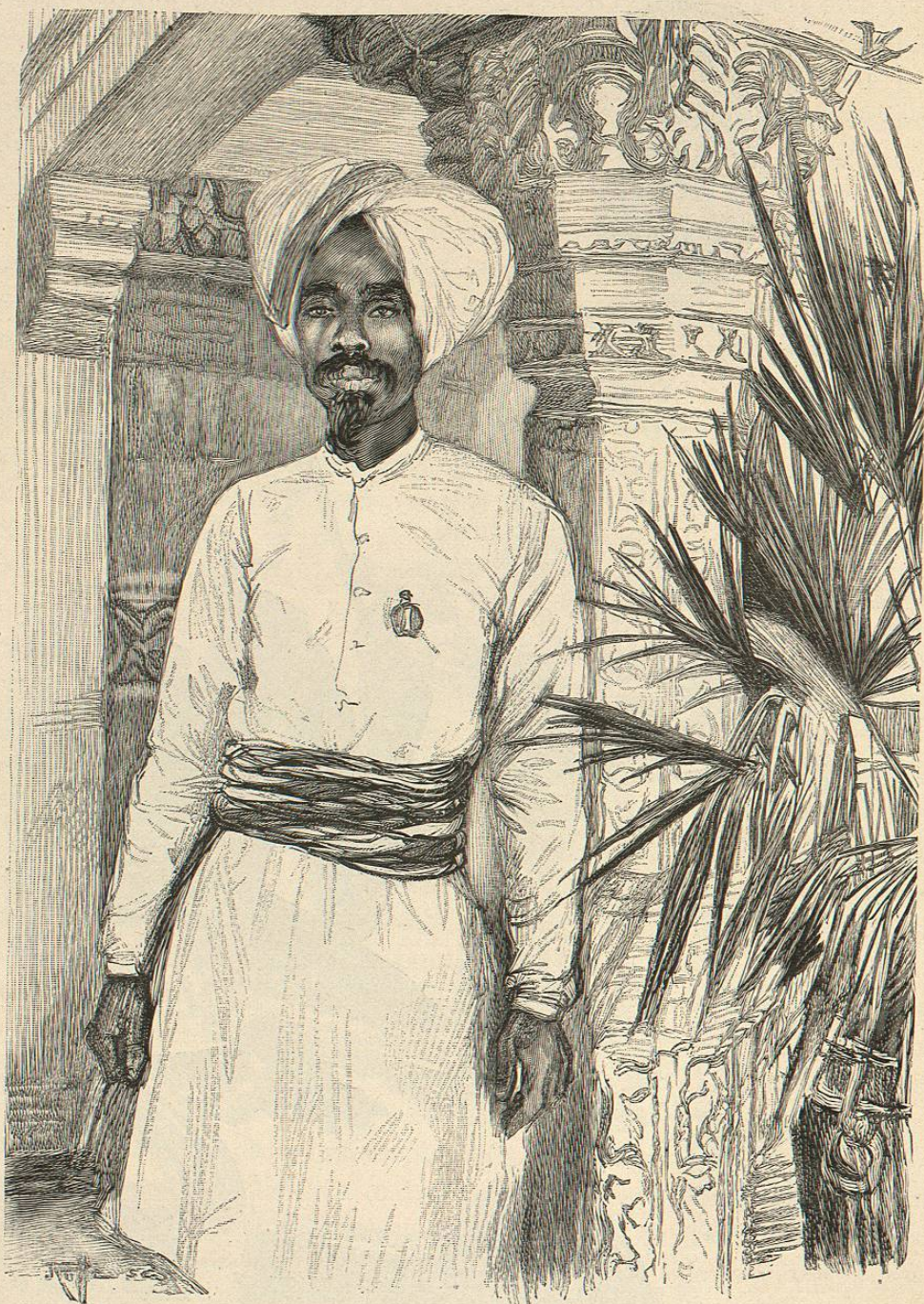
Pero que se hagan pasar y repasar á nuestros ojos numerosas muestras de estas cosas y al cabo de algún tiempo lo poco de imprevisto de la producción indiana de hoy aparecerá muy luego. En la producción antigua sucedía otra cosa muy distinta. Verdaderamente se inventaba algo mejor que estériles arabescos. El artista revelaba en ella sensibilidad y fuerza de ingenio, como también primor de ejecución.

Pero sea lo que quiera de la nación ariana, y cualquiera que sea su decadencia actual, aun *industrializándose*, haciendo comercio de sus recuerdos por cuenta de Inglaterra, explotando sus procedimientos, aceptando para ir más aprisa hasta la introducción de



El te indio

máquinas-herramientas, hemos reconocido que tenía aún fiestas de color que ofrecernos y debemos añadir que tiene siempre útiles lecciones que darnos. Por ejemplo, el artista indio nos enseña á crear armonía por modulaciones de tonos, exaltándose poco á poco de la extrema dulzura á la violencia; á sacar del arte así las más comunes como las más raras y preciosas materias; á poner en obra felizmente los medios más sencillos para el estudio de todas las combinaciones. «El arte de la India sabe ser rico á poca costa, escribía en 1852 el ilustre León de Laborde. Es el secreto que se necesita arrebatarse, sin que deslumbre el lujo excepcional que despliega, cuando se le convida á las magnificencias. A poca costa es brillante, suntuoso y espléndido. Observad esos azulejos y el efecto que producen con tres tonos; examinad las telas estampadas con dos

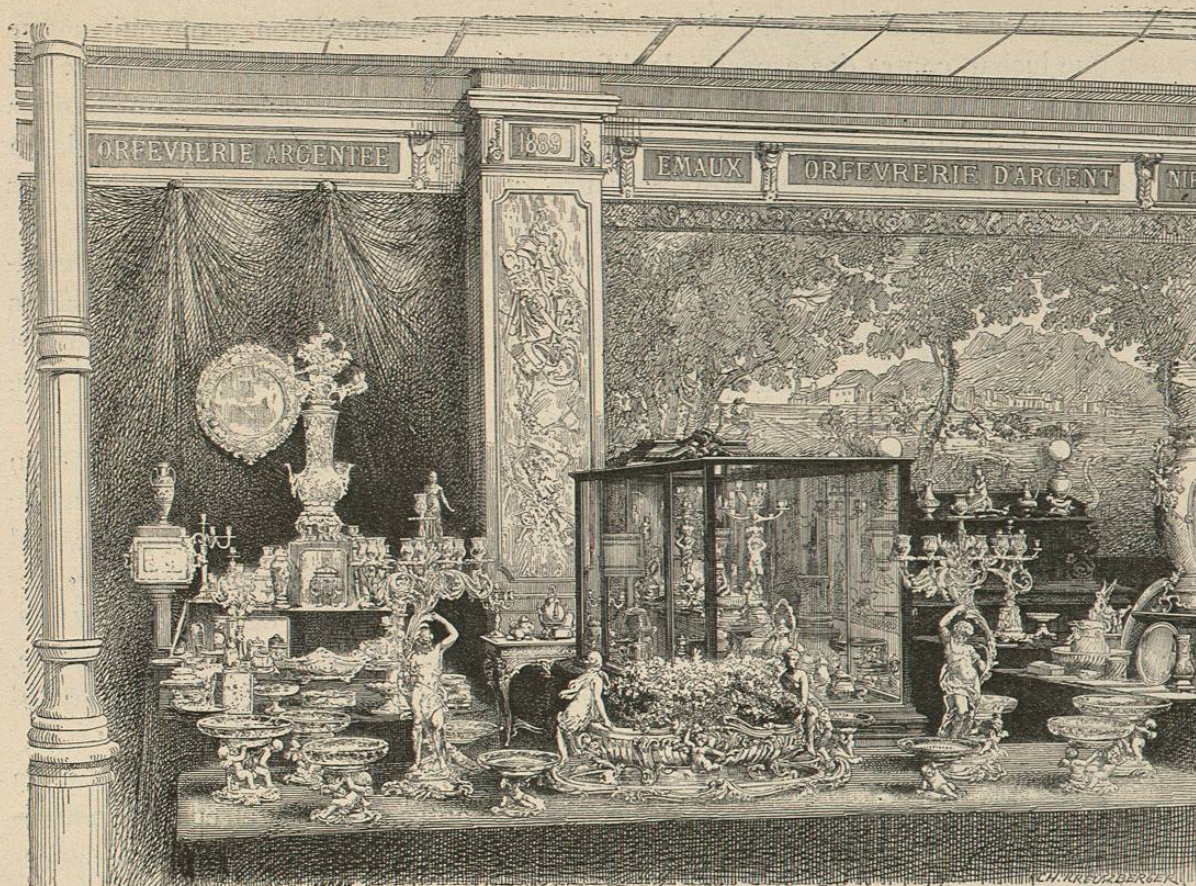


Tipo de indio en el Campo de Marte

ó tres planchas solamente, una azul y otra amarilla; estudiad los tapices que el montañés fabrica en su cabaña, con lanas que él mismo tiñe, y contra los cuales se ven obligados los gobiernos europeos á defenderse con tres líneas de aduanas, pues no puede competir nuestro género chillón con el armonioso esplendor del suyo, ni menos nuestro alto precio con su baratura. Esto parece maravillosamente rico; pero ved qué cosa: sólo el arte es rico y él lo ha hecho todo.»

He aquí unas enseñanzas que á toda costa sería menester propagar en los talleres, en las escuelas, entre los artistas, entre los operarios, en todas partes.

LEÓN DUSSERT



Un rincón de la instalación de M. Christoffe.

LA ORFEBRERÍA

I

CARÁCTER GENERAL DE LAS OBRAS DE ORFEBRERÍA EN EL SIGLO XIX

LOS PLATEROS FRANCESES.

Hay espíritus despechados que temerían hacer agravio á su erudición ó á la idea que quieren se tenga de ella, si no pusieran siempre y de caso pensado el arte moderno por debajo del antiguo. Es la eterna preocupación que satirizaba ya Horacio en su epístola á Augusto: «¿Han de ser nuestros poemas como los vinos entre los cuales se prefieren siempre los más viejos?» Pero á estos detractores pesarosos del tiempo presente, á estos arqueólogos extremados, que quisieran levantar fuertes barreras al rededor del dios *Muñeco* y pretenden dar en su nombre oráculos intolerantes, es preciso aconsejar una visita al Campo de Marte, sección de metales preciosos. Allí asistirán al triunfo de una de las industrias más gloriosas y estimables que haya inventado el genio de los hombres y se verán obligados á reconocer sus brillantes progresos, sus continuas conquistas, sus meritorios esfuerzos para reanudar la cadena de las tradiciones pasadas, y al mismo tiempo el maravilloso acierto con que ha sabido añadir á los procedimientos antiguos los prodigiosos recursos de las nuevas ciencias, de la mecánica y de la química.